

dor y marchó derechamente á Saint-Cloud para presentar su demanda á Napoleon, del cual fué recibido sin muchas formalidades. En aquella entrevista el embajador prusiano se condujo de modo que obtuvo una victoria completa; y cuando á la mañana siguiente se volvió á presentar en el ministerio de Negocios extranjeros, radiante de alegría y de orgullo, hizo saber al ministro, el cual quedó poco menos que mortalmente sorprendido, que el emperador no solamente habia reconocido el principio de la unificacion territorial sino que habia prometido prestar su apoyo á que la Prusia consiguiera la incorporacion del Hanover, del Hesse electoral, de Nassau y de Francfort con 4,500,000 almas aproximadamente, dejando para negociaciones posteriores, añadió el embajador con una sonrisa astuta, la fijacion de compensaciones que se pedirían para la Francia como era equitativo. Sin duda Bismarck habia señalado al embajador un máximo y un mínimo de exigencias. Con el mínimo se habia presentado el embajador en el despacho del ministro, y habia sido rechazado; pero el emperador le concedió el máximo en la esperanza de recibir la recompensa cuando se negociara el asunto en adelante.

Rothan, al cual se debe el conocimiento de este asunto, encuentra el proceder del embajador prusiano incorrecto hasta la audacia, y dice que esto solo podia haber ocurrido en la corte imperial, donde el embajador y mas el prusiano se podia permitir todo. En cualquier otro país, dice el mismo autor, antiguo empleado en la diplomacia imperial, los embajadores tenian que pedir audiencias y regularmente no eran recibidos por el soberano sino en presencia de su ministro de Negocios extranjeros. Este uso, introducido en Berlin por Federico el Grande y observado desde entonces siempre rígidamente, tiene la ventaja indiscutible de que la palabra real es siempre sagrada, se protege al soberano contra toda precipitacion y se le deja el tiempo de meditar sus resoluciones sin la presencia de testigos. La corte imperial no habia conservado este uso antiguo y algunos representantes del extranjero se habian aprovechado de esta circunstancia para conquistar una posición privilegiada y hasta excepcional en la corte de Francia. «¿Por qué, dice Rothan, no debia creérseles? Decian que la Francia era su segunda patria, la patria que habrian elegido ellos, donde eran felices; estaban orgullosos de la preeminencia de la Francia y parecia que obraban contra su conciencia al hacer ciertas cosas á que sus gobiernos les obligaban. Así es que delante de ellos se hablaba de las cosas mas delicadas y se les permitia mezclarse en nuestras discusiones, comunicar noticias á los periódicos y estar en relacion manifiesta con adversarios declarados del gobierno. Todas las puertas les estaban abiertas de par en par. En todas las fiestas tomaban parte, tanto en las pequeñas reuniones de los lunes como en las cacerías y en las ambicionadas sociedades llamadas de *serie*, en Compiegne y Fontainebleau. De esta manera cualquier dia, en las relaciones personales mas estrechas y escogiendo el momento mas favorable, podian lograr de un hombre tan bondadoso como era el emperador concesiones y promesas que muchas veces estaban en completa contradiccion con los intereses que nuestra política oficial debia amparar y conservar. Así sucedia que nuestra voz (la de los empleados diplomáticos) perdía de su fuerza porque era muy frecuentemente contraria á lo que se habia dicho en las Tullerías. Así ocurrió que el baron de Talleyrand protestó en tono amenazador contra la invasion en las Marcas cuando el conde de Cavour tenia ya en el bolsillo el despacho que decia: *Fa presto*, concesion que Farini habia sabido arrancar al emperador en las festividades de Chambéry.»

Se vé que aquella corte imperial era como una mujer pre-

suntuosa, que toma todas las lisonjas por buena moneda y cree todo lo que halaga su vanidad. Cuando los embajadores del extranjero podian conquistarse en la corte de Francia la posición de amigos de casa y cuando eran tratados como patriotas franceses y no de su país propio, no era extraño que el conde de Goltz pudiera lograr lo que logró en 19 de julio; lo extraño era que esto no sucediese mas á menudo.

Cuando Bismarck supo en Nikolsburg la buena fortuna que habia tenido el embajador, y en la cual no se habia atrevido á esperar, empezó á desplegar la gran cualidad de los héroes de la historia, que despues de oponer impertérritos su valor y osadía á todo un mundo de enemigos y de peligros, sabian dominarse en sus triunfos. Desplegó Bismarck esta cualidad no solamente en un punto sino en general y principalmente enfrente del Austria vencida. En 9 de julio habia escrito en Hohenmauth á su esposa: «A nosotros nos irá bien si no somos exagerados en nuestras pretensiones creyendo que hemos conquistado el mundo. Conseguiremos así una paz que vale la pena; pero estamos tan pronto ébrios como acobardados, y yo tengo el trabajo ingrato de echar agua en el vino espumoso, para hacer presente que no vivimos solos en Europa sino que tenemos tres vecinos mas.»

En la noche del 21 de julio habian llegado á Nikolsburg con poderes el conde Karolyi, antes embajador austriaco, el conde Degenfeld, ex-ministro de la Guerra de Austria, y el baron de Brenner, ex-embajador. A la mañana del dia siguiente pasó Bismarck á las negociaciones políticas con el conde Karolyi y el baron de Brenner, mientras el general Moltke fijaba con Degenfeld las bases del armisticio, que debia llevarse á efecto tan pronto fuesen firmadas las bases de la paz. Los generales Podbielski y John fijaron la demarcacion para la tregua de cinco dias, que empezó á estar en vigor el mismo 22 de julio á las doce menos cuarto de la mañana.

Por la parte de Prusia se habia invitado á asistir á las discusiones respecto del armisticio como representante de Italia al conde de Barral, que habia seguido al cuartel general hasta Nikolsburg, pero que renunció á concurrir porque ni tenia instrucciones ni poderes para esto; pero se convino que el representante de Prusia le tendria al corriente de las discusiones á fin de que pudiera comunicarlas á su gobierno y recibir de él las instrucciones necesarias. La Italia, segun el tratado del 8 de abril, no podia negar su consentimiento al armisticio tan pronto como le quedara asegurada la adquisicion de Venecia. El embajador de Francia, Benedetti, no tomó parte ni en las discusiones militares ni en las políticas, porque si bien el emperador por sus pasos de mediacion habia dado lugar á la negociacion entre las partes beligerantes, no quiso encargarse de la responsabilidad de verdadero mediador; y así su ministro, en 19 de julio, le escribió: «No somos árbitros que podamos imponer á los partidos una solucion, ni somos agentes que tienen parte directa en las disposiciones que deben tomarse; por manera que tampoco nos corresponde añadir nuestra firma á los preliminares.»

La primera declaracion que Bismarck hizo al empezar las negociaciones fué que la Prusia trataba solamente con el Austria, es decir, con exclusion de los aliados alemanes de Austria, sin reconocer ninguna de las obligaciones que esta potencia habia contraído para con sus aliados alemanes ya en virtud del pacto federal antiguo, ya en virtud de tratados nuevos.

Si el Austria adoptaba esta base, anulaba las declaraciones que habia hecho, todavia en la sesion federal del 14 de junio, á todos los gobiernos fieles al pacto federal; y tambien se desentendia de la disposicion expresa consignada en el tratado particular con la Baviera en el mismo dia 14 de ju-

nio en Olmutz, y que decia: «Considerando que las operaciones militares se realizan en virtud del derecho federal, se hará tambien conforme al derecho federal el convenio de la paz y el gobierno imperial austriaco se obliga particularmente á no hacer por sí solo negociaciones de paz con la Prusia sin la participacion de un apoderado del gobierno bávaro y á llevarlas á cabo con su acuerdo (1).» Fué, pues, preciso para el Austria faltar á este tratado, que por supuesto estaba hecho en la suposicion de que la guerra tomara un giro muy distinto del que tuvo; y para obtener la paz tuvo que abandonar á todos sus aliados con excepcion de la Sajonia, dejándolos á la merced de la Prusia, con cuyo hecho, que jamás pudo olvidarse, renunció mas positivamente que por ningun artículo de tratado á continuar dentro de la Alemania y á su política de gran potencia alemana.

Concedido esto por el Austria, hizo Bismarck esta otra declaracion, que comunicó Benedetti en 24 de julio á su gobierno, á saber: que el gobierno prusiano rompería las negociaciones si el gabinete de Viena no accedia al aumento territorial de Prusia en la Alemania del Norte; y enseñando los últimos despachos del embajador prusiano en Paris demostró que en esta parte tenia la conformidad de la Francia (2).

A esta declaracion contestó el Austria pidiendo por su parte la integridad territorial de su nacion y de la Sajonia, cuyas tropas habian combatido tan valerosamente juntas. A favor de esta exigencia echó tambien la Francia todo el peso de su influjo, y siendo concedida por parte de Prusia, pudo considerarse acabada la guerra y asegurada la paz; Benedetti escribió á su gobierno en 25 de julio: «Se han entendido las partes respecto de los gastos de guerra, que quedan fijados en veinte millones de talers. Prusia se obliga á conservar la Sajonia en sus fronteras y Austria promete no oponerse al ensanche de la Prusia en el Norte.»

En virtud del tratado con Austria y de la mediacion de la Francia se presentó en Nikolsburg el ministro bávaro Pfordten, recibiendo desde luego una ruda leccion de Bismarck, el cual le notificó que para los Estados de segundo orden habia pasado el tiempo de levantar la voz. El ministro prusiano se mostró en tono áspero sorprendido de la temeridad con que el bávaro se habia presentado en el cuartel general, á lo cual Pfordten contestó que le habia bastado hacer ver á las avanzadas prusianas su carácter oficial para llegar sin dificultad al palacio de Nikolsburg. Bismarck replicó que habia hecho arrestar al oficial que mandaba la primera avanzada, porque su deber era no dejarle pasar, y al mismo tiempo amenazó al ministro bávaro con que le retendria en calidad de prisionero de guerra, porque la Baviera estaba excluida de las negociaciones sobre el armisticio; que tendria que pagar una considerable contribucion de guerra y ceder una parte importante de su territorio. El enviado bávaro no supo hacer mas en su desesperacion que ponerse bajo la proteccion de la Francia, para lo cual acudió á Benedetti. Este á su vez consideraba la defensa de la Baviera y de su integridad territorial como deber de todo ministro francés; pero quedó completamente desconcertado cuando Bismarck le enseñó el mismo dia 25 de julio un despacho del embajador prusiano en Paris, en el cual éste participaba que el emperador Napoleon comprendia que seria difícil reunir el alto Hesse á la confederacion del Norte de Alemania y que preferiria que se indujera al gran duque de Hesse á que renunciara á favor de la Prusia al alto Hesse en cambio de la Baviera rhiniana. La Baviera se vió, pues, abandonada á la vez por el Austria y por la Francia.

(1) Schultness: *Calendario histórico*, 1866, pág. 92.

(2) Rothan, pág. 319.

Aquel mismo dia, 25 de julio, tuvo efecto en el consejo del rey la última discusion decisiva, que refiere la obra del estado mayor prusiano en los términos siguientes, escritos probablemente por el general Moltke:

«Fué una decision grave la que hubo de tomar S. M. el rey, semejante á la que tomó al principio de la guerra. La cuestion era si debia continuarse la guerra con esperanza de mayores éxitos, porque el ejército estaba delante de Viena, Presburgo habia estado ya casi en poder de las fuerzas alemanas y se miraba sin temor ninguno la contingencia de una segunda batalla si resultase necesaria, siendo posible la entrada en Viena sin grandes sacrificios; de suerte que por el momento eran muy favorables las condiciones militares, y desde este punto de vista era natural el deseo de llevar la victoria hasta el último límite, dejando al vigor probado del ejército alemán todo su desarrollo. La meta, que el primer Napoleon jamás habia dejado sin aprovechar, la capital del adversario, se hallaba próxima, y sus torres estaban al alcance de la vista de las avanzadas.»

»Pero por otra parte era necesario tener en cuenta que aunque el Austria perdiese la capital, no se hallaria por eso forzada á hacer la paz, porque su ejército podia dirigirse á Hungría y aguardar allí las complicaciones de la política europea, pues si no se hacia la paz sobre las bases propuestas por el emperador y conocidas públicamente en su esencia, quedaban lastimados los intereses y la dignidad de la Francia. Habíase alcanzado el objeto principal, y habíase de poner en cuestion el resultado conseguido para alcanzar otro mayor, imponiendo al pueblo prusiano nuevos sacrificios y nuevos trabajos? Una política inteligente no se propone lo que seria deseable, sino lo que es necesario. La paz que se ofrecia aseguraba el desarrollo nacional de Alemania bajo la direccion de la Prusia, y el gobierno no estaba inclinado á seguir planes de conquista, como suelen atribuirse á la Prusia. El monarca y el pueblo podian decir que habian cumplido el deber que una elevada mision impone al Estado y al individuo y debian reconocer que no existia necesidad forzosa de hacer mas. Lo que la Prusia estaba á punto de conseguir en aumento territorial y en poder, era de esperar que se fundiese rápida y completamente con el resto de la monarquía en un organismo comun. Las condiciones ofrecidas por el Austria no excluían además la posibilidad de restablecer mas adelante las relaciones amistosas con sus antiguos aliados. No se habia lastimado ni el honor ni el poder del Austria tanto que se hubiese provocado una enemistad irremediable entre los dos Estados. Si se pedia mas y si permitia obtener mas la continuacion feliz de la guerra, habria de quedar en el corazon del Austria un aguijon perpétuo; y no podia estar en el interés de la Alemania ni de la Prusia perpetuar la ruptura entre la Prusia y el Austria. Estas consideraciones, que influyeron en aquellos dias decisivos de Nikolsburg en el consejo del rey sobre la cuestion de paz ó de guerra, quedan aquí señaladas solo superficialmente y en bosquejo, dejando reservado á la historia exponerlas en todos sus detalles; S. M. se decidió por la paz.»

Cuando sea conocida completamente la historia secreta de la política prusiana en aquellos dias, se verá sin ninguna duda que el conde de Bismarck apoyó con la mayor elocuencia las consideraciones en favor de la paz, pues que se pensó entonces ya, como Bismarck refirió posteriormente, en el parlamento alemán, y no solo en el restablecimiento de relaciones amistosas sino tambien en una alianza venidera con el Austria.

El 26 de julio fueron firmados los preliminares y ratificados por los dos monarcas en 28 del mismo mes. Ya conocemos todas las disposiciones importantes de este tratado,

pero el artículo 2.º, que tocaba á la reorganizacion de la Alemania, merece ser conocido literalmente. Dice así: «Su majestad el emperador de Austria reconoce la disolucion de la actual confederacion alemana y da su asentimiento á una nueva organizacion de Alemania sin participacion del imperio austriaco. Promete igualmente S. M. reconocer la federacion especial del Norte de Alemania, que S. M. el rey de Prusia establecerá al Norte de la línea del Mein, y se declara conforme con que los Estados al Sur de esta línea formen tambien una union, cuya relacion nacional con la union alemana del Norte quedará reservada al acuerdo de ambas uniones (1)»

Al propio tiempo que Bismarck, Karolyi y Brenner firmaron la paz preliminar, firmaron tambien los generales Moltke y Degenfeld un armisticio de cuatro semanas. El rey de Italia accedió al armisticio solo cuando hubo apurado la última tentativa para obtener el país de Trento.

Los italianos habian ocupado el Tirol meridional cuando los austriacos habian evacuado á Venecia, y en virtud de esta ocupacion pidieron que se reconociera á la Italia en el armisticio el derecho de *Uti possidetis*; mas esta exigencia no fué apoyada por la Prusia, que ni estaba obligada á ello por su tratado de alianza, ni lo exigia un interés general. El conde de Bismarck hizo respecto de esto las declaraciones mas terminantes al embajador austriaco, y el ministro austriaco rechazó igualmente con toda decision la pretension de Italia y exigió del gobierno italiano antes de proceder al armisticio con él la evacuacion del Tirol meridional, rechazando igualmente toda modificacion de fronteras fuera de la cesion de Venecia, y declarando que volveria á emprender las hostilidades si la Italia no cedia. El rey Víctor Manuel se dirigió al emperador de los franceses, y éste tuvo la debilidad de hacer suya la exigencia del vencido de Custozza y de Lissa y de apoyarla en Viena; pero el gobierno austriaco se mantuvo firme, y el archiduque Alberto hizo saber al general La Marmora que volveria á emprender la ofensiva si el Tirol no quedaba evacuado en 24 horas. El emperador Napoleón dió nuevos pasos á favor de Italia, pero el ministro de Austria, Mensdorff, contestó por telégrafo: «El armisticio se firmará tan pronto como quede evacuado el Tirol.» La Italia tuvo que ceder y su empeño solo sirvió para hacer ver á la corte de Austria lo que era la mediacion francesa.

El apresuramiento con que el conde de Bismarck activó la firma de los preliminares de paz sin aguardar á Italia ni á sus reclamaciones particulares, fué debido á una razon tan poderosa, que el ministro italiano de Negocios extranjeros, Visconti-Venosta, escribió en 25 de julio á su embajador el conde Barral: «Comprendo y reconozco los motivos que explican suficientemente la necesidad imprevista que ha decidido á la Prusia á modificar su actitud desde el 20 de julio. Nuestro gobierno ha tenido que tomar en consideracion como su aliada las graves consecuencias que habrian resultado si hubiese naufragado la mediacion francesa.»

Cuando el estado mayor austriaco publicó en su obra esta carta del ministro de Italia, no se sabia todavía á qué motivo atribuir el cambio de la actitud de la Prusia; y solo despues de las revelaciones publicadas por Rothan resulta que la causa debió ser una protesta de la Rusia, que súbitamente abandonó su retraimiento en esta cuestion y pidió la

(1) El conde Karolyi habia pedido el dia 25 que la Sajonia formase parte de la union de la Alemania del Sur, á lo cual Bismarck le habia contestado que si el Austria insistiera en esto quedarian concluidas las negociaciones, y que en este punto era tan inexorable que si el rey mismo se lo mandara, pediria al momento su destitucion. Con esto bastó para que el embajador austriaco no insistiera mas. *Las luchas del Austria*, tomo VI.

convocacion de un congreso europeo. Esto iba á trastornar toda la negociacion de paz de Nikolsburg, que estaba á punto de ser cerrada, porque el embajador de Rusia en Berlin, el conde de Oubril, declaró al ministro interino Werther que su gobierno consideraria nulos todos los cambios territoriales y políticos que la Prusia se proponia en Alemania si no eran sometidos á la libre discusion de una conferencia internacional, cuya autoridad el mismo gabinete de Berlin habia reconocido antes de la guerra. El ministro interino de Negocios extranjeros de Prusia no estaba preparado para semejante comunicacion y no quiso tomar conocimiento oficial de ella, á lo cual le respondió muy tranquilamente el embajador de Rusia: «Si no le basta á usted una comunicacion verbal se le dirá en una nota; tanto se nos da.» Al instante se enteró de esto el gabinete de las Tullerías, y el embajador ruso en Paris, baron de Budberg, hizo los mayores esfuerzos para ponerlo de su lado. Si el emperador Napoleón no hubiese tenido la mas absoluta confianza en lograrlo todo de la amistad del gobierno de Prusia, se habria adherido á la proposicion de la Rusia de reunir un congreso europeo y habria aprovechado la ocasion de hacerse en circunstancias muy favorables árbitro de la Prusia, del Austria y de Italia; pero en la confianza que abrigaba, rechazó y volvió á rechazar la proposicion cuando el embajador de Rusia insistió en ella, respecto de la cual escribió Drouyn de Lhuys á Benedetti: «La Rusia ha propuesto reunir en Paris un congreso de las potencias que han firmado la paz de Paris. Hemos desechado esta proposicion por parecernos incompatible tanto con nuestro papel de mediadores como con las relaciones amistosas que existen entre nosotros y la Prusia. Repetidas veces dirige el gabinete de San Petersburgo á la Francia y á la Inglaterra la invitacion de declarar que, como firmantes de los tratados que han organizado la Alemania, se reservan en principio el derecho de tomar parte en las modificaciones que hubiere en ella. Nuestra intencion es dar á esta segunda comunicacion rusa la misma contestacion que á la primera y por las mismas razones.»

La idea de un congreso, presentada por Napoleón mismo antes de la guerra, deberia haber sido para él una tentacion irresistible si no lo hubiese impedido otra idea, y era que tenia que temer mucho mas de un congreso de ministros plenipotenciarios que de todo cuanto se habia hecho ó se pensaba hacer en Nikolsburg. Pensaba recobrar la frontera del Rhin como compensacion de las incorporaciones que habia de efectuar la Prusia en el Norte de Alemania. Esta pretension de Napoleón fué presentada en Nikolsburg; y como de ninguna manera podia ser sometida á un congreso europeo, ni menos ser tratada seriamente en él, por eso no aceptó el gabinete de las Tullerías la idea del congreso europeo, y por eso no tienen la Francia ni Napoleón derecho alguno para hacer de ello un mérito y reclamar la gratitud de la Prusia.

CAPÍTULO V

EL PROYECTO DE ADQUISICION DE LA FRONTERA DEL RHIN Y EL FIN DE LA CONTIENDA CONSTITUCIONAL EN PRUSIA

Napoleón III ha sido el primer potentado de Francia que conoció y apreció á la Alemania, que nunca odió ni despreció á los alemanes y que hasta envidió y admiró á los prusianos. Ya se sabe que ni se crió ni educó en Francia, sino en el ostracismo entre alemanes y suizos. Sus mejores recuerdos de la edad juvenil se enlazan con el instituto de segunda enseñanza de Augsburg y el castillo de Arenenberg, cerca de Constanza. El hábito tibio de la vida de escuela y de familia de Alemania y el aire fresco de los Alpes de la libre

Suiza, dos cosas que el francés en general no siente ni comprende en toda su vida, fueron familiares á Napoleón desde su nacimiento y constituyeron una parte de sus recuerdos é ideas favoritas; y cuando en años posteriores, las personas que estaban á su lado observaron algo que no era ni francés ni corso ni napoleónico, creyeron encontrar en el emperador el antiguo alemán de su infancia. Ciertamente que cuando en agosto de 1840 se hallaba preso en la Conserjería, á raíz del loco atentado de Boulogne, hizo ni mas ni menos que lo que hubiera hecho cualquier alemán: tomó la obra de Schiller como consolador en su soledad y empezó á traducir al francés su poesía: *Los ideales*. Incluyó este trozo de traduccion en prosa francesa en la coleccion de sus obras, y el mismo trozo es un testimonio de la fuerza de atraccion que ejerce el gran poeta alemán sobre las personas de carácter osado, sin distincion de origen.

Del tiempo de su prision en Ham data un artículo notable escrito por él y que se encuentra en el primer tomo de sus obras (1). Este artículo trata de la organizacion del ejército en Francia; pero seria mas correcto darle el título de la organizacion militar prusiana, pues que de ésta habla, la describe, la ensalza y la presenta como modelo de la organizacion militar francesa. En la introduccion dice: «Uno de los generales que mas han contribuido á la organizacion del estado militar de Prusia, dijo un dia: En un Estado bien organizado no debe conocerse dónde empieza el soldado y dónde acaba el ciudadano. Estas palabras pintan la idea fundamental de un sistema que acabará por ser adoptado infaliblemente por todas las potencias del continente, porque corresponde á las nuevas necesidades de los pueblos de Europa. Si una nacion quiere conservar hoy dia su categoría é independencia, no basta que tenga algunos centenares de caballeros cubiertos de acero y de hierro ó algunos millares de soldados mercenarios y aventureros; ha de tener millones de gente armada, porque cuando estalla una guerra se avalanzan unos sobre otros pueblos enteros; durante la lucha, el génio decide la victoria; pero en la desgracia, únicamente la organizacion es la que resiste. Por lo mismo es indispensable para cada nacion que pueda poner sobre las armas ejércitos numerosos; pero como no hay Estado capaz de mantener constantemente cientos de miles de hombres en armas sin quedar exhausto, es preciso acudir á un sistema que en tiempo de guerra ofrezca las mayores ventajas sin imponer en la paz cargas demasiado onerosas. Cuando el Emperador (Napoleón I) luchó contra la Europa, pensó en esto á menudo; pero la Prusia lo ha realizado, para que no vuelva á sucumbir su monarquía á consecuencia de una sola batalla.»

Este modo de pensar era entonces muy anti-francés, pues lo que la clase media acomodada llamaba su *libertad política* consistia ante todo en el derecho de librarse con dinero del servicio militar y jugar á lo mas bastante cómodamente en la guardia nacional, que podia ser muy útil para defender esta misma libertad hácia arriba y hácia abajo, pero que nunca debia prestar servicio en las fronteras. La apología del servicio militar obligatorio como lo tenia organizado la Prusia hizo pensar á los franceses que el autor era un verdadero alemán de cabeza cuadrada y todavía mas inocente de lo que demostraban sus intenciones políticas.

Tambien pensó de muy diferente modo que los políticos peritos del gobierno, de la cámara y de la prensa respecto de la política necesaria del Estado prusiano y de sus relaciones con Francia. Siendo Presidente, lo mismo que cuando despues fué emperador de los franceses, se empeñó en hacer saber en Berlin que consideraba á la Prusia y no al Austria

(1) *Œuvres de Napoleon III*, tomo I, Paris, 1854, págs. 423-434.

como la verdadera gran potencia de Alemania; que creía igualmente insostenibles la forma de las fronteras de la Prusia y su subordinacion al Austria como cabeza de la confederacion, y que estaba animado del vivísimo deseo de ver destruido el dominio del Austria sobre la Alemania y la Italia y hasta de cooperar á su destruccion (2). Pero todo esto suponía una reserva que hacia imposible á cualquier rey de Prusia entrar sobre ello en negociaciones, y la obcecacion que impidió á Napoleón comprender la imposibilidad de tanta reserva, acabó por ser funesta al mismo emperador y á su política alemana. En agosto de 1857, hallándose Napoleón en Osborne, de sobremesa con el príncipe Alberto dijo á éste, entre el café y el cigarro, que para consolidar su familia en Francia le faltaba solo una cosa, pero que esta cosa era indispensable, á saber: restituir á la Francia la Bélgica y agregarle algunos trozos de la orilla izquierda del Rhin. A esto exclamó el príncipe asustado que costaria conmociones, luchas y catástrofes, y que la resistencia del parlamento inglés y de la Prusia causarían una guerra espantosa. Napoleón repuso: «De ninguna manera, ni un solo pistoletazo se disparará; al parlamento inglés le concederé un buen tratado de comercio, y si la Prusia comprende sus intereses, de buena gana me concederá dos millones de almas si en cambio puede tomarse en Alemania diez ó doce millones para sí.»

Esta fué la ilusion que causó la ruina del emperador. La Prusia no tenia ningun derecho escrito á mejorar la forma de sus fronteras y ensanchar su influencia. Podia adquirir este derecho por servicios positivos hechos á una política nacional creadora; pero esto justamente excluía hasta la apariencia de un acuerdo con la política de un Bonaparte. Nos parece tan monstruosa la ilusion de creer que un mismo rey de Prusia podria ceñirse la corona imperial de Alemania con una mano y con la otra vender, como Judas, una parte al enemigo mortal de la nacion, que no creieramos en la realidad de tal ilusion si no constara en documentos fehacientes. La ilusion por lo demás era tan fuerte que un hombre de Estado prusiano supo servirse de ella para guiar al emperador como los domadores de osos les guían en las ferias por medio de un anillo enganchado en sus narices. Hay que decir, sin embargo, para excusar á Napoleón, que su ilusion fué la de todos los hombres de Estado de Francia, como lo era la de creer invencibles las armas francesas. Muy particularmente estaban sujetos á esta creencia ilusoria los hombres de la diplomacia imperial y en primera línea su embajador en Berlin, el conde de Benedetti.

Como la desgracia del segundo imperio resultó de las negociaciones relativas á las fronteras del Rhin, que Napoleón exigió por via de compensacion, y segun Bismarck por via de *propina*, para permitir el engrandecimiento de la Prusia, los bonapartistas han arrojado sobre Benedetti, por cuyas manos pasó todo este asunto, las mas amargas reconveniones, acusándole sobre todo de haber dejado al emperador en la ignorancia de los verdaderos móviles de la política prusiana, y de no haberle avisado á tiempo y enérgicamente antes de presentar tales exigencias. Benedetti se ha defendido contra todas estas acusaciones en su libro: *Mi mision en Prusia* (3), en cuya obra ha demostrado con documentos que hasta estallar la guerra sus informes relativos á personas y cosas en la corte de Prusia habian sido completísimos é imparciales, y que abandonado, sin instrucciones, de su gobierno enfrente de cuestiones que le asaltaban diariamente en

(2) Véase la mision de Persigny, en los años 1850 y 1851. Sybel: *Apuntes históricos*, tomo III, pág. 551. La mision del marqués de Pépoli en el invierno de 1858 y 1859. Simson: *Sobre las relaciones de Napoleon III con Prusia y Alemania*, Friburgo, 1882, pág. 20.

(3) Paris, 1871.